desastrosas consecuencias que sobrevendrían al ejército en las enfermizas tierras calientes, y lo que costaría en hombres y dinero, la reocupación del terreno y de los sitios fortificados que iban á abandonar.

Preocupaba á Laurencez mucho la falta de trasportes; pero habiendo permitido el gobierno del Sr. Juárez que el comercio enviara á Veracruz ciento treinta carros, el intendente Raoul encontró en ese permiso la solución á aquella falta; cada carro, tirado por doce mulas, podía conducir cuarenta quintales de pertrechos y víveres, y fué de tal naturaleza ese auxilio, que de él se sirvieron durante toda la campaña, porque después del rechazo en Puebla, ocuparon los carros en proveerse las fuerzas francesas que se situaron de Veracruz á Orizaba, siendo esa la manera con que resolvieron de pronto un problema que mucho los inquietaba.

Por esos días, el 12 de Marzo, desembarcaba un nuevo refuerzo francés venido en el vapor "Canadá;" llegaron un destacamento de Cazadores á pie y dos secciones de ingenieros, á los tres días partieron para la Tejería porque el vómito ya hacía entre los expedicionarios horrorosos estragos, y al día siguiente continuaron para la Purga; en la Soledad se les unieron otros destacamentos de Cazadores é ingenieros llegados en el "Asmodeo." Con esta columna avanzó D. Juan N. Almonte, después de presentar á Laurencez la carta autógrafa de Napoleón III, que atestiguaba la importancia que tenía Almonte y expresaba el deseo del monarca porque el emigrado fuera tratado con toda clase de consideraciones. Almonte debía tomar el título de Jefe Supremo de la Nación, hasta el día en que las potencias aliadas hubieran establecido el gobierno que se proponían.

En ese mes de Marzo se sucedían sin interrupción los trasportes franceses que llegaban á Veracruz con tropas expedicionarias, el "Darién," el "Finisterre," el "Turenne" y el "Asmodeo," condujeron al regimiento 99 de línea, un escuadrón de Cazadores de África, artillería y el servicio administrativo, extrañándose que no hubiese llegado el 2º regimiento de zuavos. Notábase en Veracruz grande actividad, y por la noche se veía el muelle lleno de oficiales franceses que iban á tomar el fresco. El 5 de Abril partieron para la Soledad todas las fuerzas restantes en la plaza, y ésta quedó cuidada por la marina y una compañía del 99, de los que en pocos meses perecieron tres oficiales y más de las tres cuartas partes de su efectivo por las enfermedades de la localidad. Entre otras víctimas del vómito se contaron: Lallemand, médico en jefe, el abate Ribains, capellán del cuerpo expedicionario. Las tropas solamente permanecían en la Tejería algunas horas y aun de noche seguían la marcha, huyendo del sol; en cambio los accidentes del camino les hicieron perder muchas horas. En la Soledad puso preso al alcalde el coronel Valazé, porque había sido robada una diligencia en Paso-Ancho el 4 de Abril, y por haber recibido malos tratamientos un oficial superior que viajaba en ella; las mulas robadas pertenecían al ejército francés; el alcalde juraba que no tenía que ver en lo sucedido; fué amenazado con la horca y se salvó porque al fin parecieron las mulas. Franquearon las fuerzas el Chiquihuite, y siguieron para Córdoba.

Desembarcaron en Veracruz á la vez, la ambulancia y una parte de la artillería, y salieron para el mismo rumbo; se esperaban dos mil zuavos más; en los días 24 y 25 (Marzo) desembarcó el 99 de línea que hizo toda la campaña, en el "Finisterre" llegaron cuatrocientos cincuenta caballos y mulas, siendo los primeros hermosos animales de raza pura árabe; también las fragatas "Amazone" y "Darién," traían tropas y material destinado á la expedición. Llamó la atención que desembarcaran todavía soldados españoles el 27 de Marzo, pues arribó á Veracruz el batallón "Cazadores de Isabel II," y á la vez reembarcaban cañones, morteros, bombas y demás material de guerra, lo que indicaba la diferencia de miras entre los generales Serrano y Prim, y el deseo del primero de que apareciese España más poderosa que Francia. El 3 de Marzo salieron de Córdoba para Orizaba, el "Regimiento del Rey" y los "Cazadores de la Unión" con la ambulancia, únicas fuerzas españolas que quedaban en la primera de esas poblaciones.

El ministro español Calderón Collantes decía al general Prim, en Enero de 1862: "el Emperador de los franceses ha hecho saber al gobierno de S. M., por conducto de su embajador en esta corte, que ha resuelto aumentar las fuerzas de la expedición destinada á México, con tres mil hombres. El objeto de esta medida, parece ser reunir los elementos suficientes con las tropas de las tres naciones amigas, para ir á la capital en caso de ser absolutamente necesario, á fin de no prolongar las operaciones, ni la permanencia de las fuerzas de mar y tierra en aquel país y sus costas."

Era tal el error en que estaban imbuidos Laurencez y el jefe de Estado Mayor, coronel Valazé, que el primero aseguraba al ministro de la guerra en sus cartas: "que tenía perfecta confianza de la marcha sobre México y de la proclamación del príncipe Maximiliano como soberano de México." Valazé escribió al mariscal Randán el 30 de Marzo: "Mr. de Saligny se aparta cada día más del almirante y yo le doy la razón. Prefiere los medios enérgicos, muestra siempre un carácter decidido y rechaza con altivez todo proyecto de arreglo, mientras que el almirante parece tener toda su confianza en las vías diplomáticas, queriendo negociar con todo el mundo sin lograrlo. El movimiento retrógrado que el almirante y el general Prim imponen al general Laurencez, salido de aquí con la intención muy firme de impedirlo, va á producir un efecto deplorable. A pesar de todo, el gobierno de Juárez se desorienta cada día más; rodéanlo tan sólo gentes dispuestas á abandonarlo; sus fuerzas militares se desbandan; los jefes de la guarnición de México están en vía de traicionarlo. Estoy persuadido que una fuerza, por corta que sea, se apoderará de la capital, sin más dificultad que proveerse de víveres para la marcha."

El día 19 de Marzo salían de Veracruz, á las dos de la tarde, trescientos soldados Cazadores de Vincennes, que aun habían quedado en el puerto y con ellos Laurencez y parte de su Estado Mayor, siguiéndole Almonte, el Padre Miranda, Haro y Tamariz y otros reaccionarios que estaban allí sin llevar pasaportes, pues el gobernador Menduiña no quiso dárselos y el jefe francés los sacó

como agregados á la Legación francesa. El día 25 del mismo mes entraban á Córdoba quinientos franceses provistos de carros del país, entre estos iba un guayín conduciendo á D. Juan N. Almonte y los otros dos emigrados. El jefe político de esa población preguntó al jefe de los franceses, si Almonte, Haro y Miranda venían bajo la protección de la bandera francesa, y se le contestó que solamente se le podía contestar al general en jefe del ejército mexicano. Se instó por una respuesta categórica, porque había orden de aprehender á las tres personas como conspiradores, y entonces el jefe francés dijo: que haría uso de todos sus recursos para impedir la aprehensión; después participó á la autoridad que había recibido orden de hacer regresar á Veracruz á los individuos reclamados; pero siguieron éstos en el centro del campamento cuidados por centinelas que á nadie dejaban penetrar.

En el mismo mes fué decretado el bloqueo de los puertos de Tampico y Alvarado, por el comandante de las fuerzas navales francesas; pero no se hizo efectivo hasta el mes de Julio. El gobierno francés no hizo salir nuevas tropas para México, hasta saber que había sido favorable al Sur la batalla frente á Richmond, lo que aseguraba la prolongación de la guerra civil por un plazo largo, que la Francia creyó suficiente para llevar á cabo sus proyectos respecto á México, sin temer nada de los Estados-Unidos.

El general Prim, acompañado de su señora esposa, había salido el 2 de Marzo para el interior y á los tres días le siguió Sir Charles Wyke para Orizaba, dejando todo arreglado para el reembarco de los marinos ingleses, después de vender á los franceses las mulas, carros y demás que condujeron de la Habana; unos se dirigieron á Jamaica y otros á las Bermudas. Los españoles avanzaban lentamente y entre ellos ya se hablaba de una retirada. En la marcha que hicieron los franceses hasta Córdoba, les hizo sufrir mucho la falta de agua, y de toda clase de recursos, porque las guerrillas mexicanas todo lo habían destruido. Creían que si hubieran encontrado alguna resistencia, no habrían salido bien de su empresa.

Se dudaba de que en las conferencias de Orizaba se llegara á arreglar algo, pues para el 15 de Marzo eran esperados en Veracruz ocho mil franceses, número exagerado pero que indicaba al sólo anunciarlo, que no había esperanzas de un arreglo pacífico, cuando la cuestión de una monarquía con un príncipe extranjero se discutía en todos los círculos. Las tropas españolas salidas de Veracruz el 1º y 2 de Marzo entraron el día 7 á Córdoba, y descansaron dos días, aunque habían hecho pequeñas jornadas. El día 9 continuó la segunda brigada su marcha para Orizaba, donde se estableció el hospital militar y el cuartel general, quedándose la primera en Córdoba. El general Prim, en despacho de 17 de Marzo, dijo á su gobierno: "la acogida que nos hicieron en Córdoba no fué de lo más satisfactoria, no pudo esperarse que lo fuese, por la poca importancia de aquella población." "En Orizaba hubo más animación el día que hicimos nuestra entrada; un grupo considerable de españoles á caballo, nos salió á recibir á una legua de Orizaba, y nos acompañó prorrumpiendo en vivas entusiastas á la reina, al ejército español y á su general en jefe. Las calles, las rejas y balcones estaban llenos de espectadores, movidos más bien de la curiosidad que por otro sentimiento más favorable." Este parecer estuvo enteramente conforme con la que la experiencia acreditó, pues curiosidad fué también lo que se notó en las poblaciones donde entraba el ejército francés.

Entonces las fuerzas reaccionarias mandadas por Márquez, Cobos, Limón y demás, se concentraban en Cuernavaca, formando un total de mil trescientos hombres, y en sus movimientos parecían obedecer á un nuevo plan de campaña. El 14 de Febrero había reaparecido en Chilpancingo la revolución, acaudillada por el jefe J. M. del Castillo, contra las instituciones adoptadas por la Nación; pero la sofocaron las fuerzas que envió el general D. Juan Alvarez. Por parte del gobierno, la contribución del dos por ciento aconsejada por el ministro de Hacienda Sr. Echeverría, fué tan estéril en resultados pecuniarios como fecunda en atropellamientos, embargos y protestas; el gobierno apeló á ese recurso como el único que le quedaba para seguir viviendo; no podía acudir á préstamos porque carecía completamente de crédito; la contribución llamada de guardia nacional estaba tan mal organizada, que sus rendimientos eran muy cortos. El Sr. Echeverría tuvo que renunciar *la cartera que tan sólo espinas ofrecía.*

Llegado Almonte al territorio mexicano, cuando en Europa se suponía que los fines de la expedición estaban alcanzados, debiendo ya flotar en la capital las banderas de los aliados y estar el país convocado para establecer un nuevo gobierno, el del Emperador declaró que creía que la presencia de Almonte bajo tales circunstancias no tendría nada de irregular, considerándole como un mexicano oprimido á quien Francia restituía su libertad; pero según aparece de las declaraciones oficiales, era el enviado del Emperador, el mandatario de un príncipe cuya candidatura iban á apoyar las bayonetas francesas. El ministro Mr. Thouvenel dijo á Mr. Cowley, que la protección concedida á Almonte se basaba en órdenes del Emperador, quien lo mismo que el ministro que hablaba, había animado al general Almonte á regresar á México, y lo habían recomendado á las autoridades imperiales en este país. El representante de Francia Mr. Flahault, dijo á lord Russell, "que Almonte había ido á México con permiso del Emperador." El almirante Jurién de La Gravière, en una nota que dirigió á Sir Charles Wyke, en Marzo (1862), le dijo refiriéndose á Almonte: "Hombres honrados y que gozan la confianza del Emperador, han venido á México, á fin de hacer conocer á sus conciudadanos, el objeto enteramente pacífico de nuestra intervención;" lo mismo dijeron los comisarios franceses al gobierno mexicano, en la nota que le dirigieron el 9 de Abril siguiente, llamando entonces benéfico, aunque no pacífico, el objeto de la expedición, por haberse roto ya las hostilidades. Mr. de Saligny declaró en la conferencia tenida en Orizaba entre los comisarios en esa fecha, que el buque que trajo á su bordo al comandante del cuerpo expedicionario, general Laurencez, y á su Estado Mayor, había esperado cuatro días al general Almonte por orden del Emperador. Cosa semejante dijo el comodoro Dunlop en un informe al secretario del Almirantazgo, y que si no vino Almonte en el mismo buque que el general francés, fué por habérselo impedido una enfermedad.

Al llegar Almonte á Veracruz, no faltó quien le dijera que la Nación no estaba preparada para la monarquía, y que intentar ésta de luego á luego, sería exponerse á una conflagración general; contestó, según lo refiere en su Manifiesto D. José Mª Cobos, "que aquí irán por donde los lleven," y añadió: "me creo en aptitud de llevar á ejecución las órdenes que recibí de mi soberano el príncipe Maximiliano;" y que estaba resuelto á cumplir con los compromisos contraídos en Europa, á donde no podría volver si sus planes se frustraban.

Desde antes de llegar á México, ya había emprendido trabajos en la República, esperando la caída del gobierno; contaba Almonte con su influencia y con la protección de los aliados, especialmente con la de Napoleón III, y así le pareció extremadamente fácil la empresa que había acometido. Apenas desembarcó en Veracruz, circuló su plan en el que se nombraba á sí mismo jefe supremo de la Nación, y solicitó de varios jefes del ejército que le proclamaran con las fuerzas de su mando. Este plan fué publicado, la prensa lo comentó y su autenticidad fué evidente cuando en Córdoba y Orizaba hizo proclamar poco después el mismo Almonte, otro exactamente igual al circulado con anterioridad y que había sido interceptado. En Veracruz y en Córdoba se ocupó, reservada pero activamente, en preparar el pronunciamiento que tenía proyectado, poniéndose en comunicación con oficiales cuyos servicios consideraba útiles. Todo esto, que ejecutaba bajo la protección de las fuerzas francesas, acusaba la falsedad de la política napoleónica, que recomendaba no inclinarse en favor de ninguno de los partidos en que estaba dividido México, consultar la voluntad del pueblo y aceptar el resultado del voto nacional; la expedición francesa tuvo que aliarse á un partido é hizo guerra á muerte al otro, y en tal concepto le fué necesario proteger y sostener á Almonte.

El hecho de internarse el general Laurencez al frente de las tropas con que llegó á Veracruz, hizo entender que los franceses no entrarían en convenios. Todos los liberales designaban á Almonte y á los que le seguían, con el nombre de traidores. El 25 de Marzo habían entrado á Córdoba los Sres. Almonte, Miranda y Haro con los quinientos franceses que los escoltaban y tuvieron que ampararse en el campamento francés, porque la autoridad política cordobesa pretendía ponerlos presos. Venía Almonte autorizado para explicar el objeto de la intervención y para desarrollar sus planes había esparcido emisarios que minaran la disciplina del ejército; circuló planes revolucionarios y quiso ser proclamado Presidente de la República. Las palabras de conciliación de Almonte estaban en contradicción con las proclamas incendiarias y las tentativas para provocar asonadas militares; conspiraba contra el gobierno existente y contra las instituciones vigentes, revelándose sus tendencias en documentos fehacientes que aseveran lo contrario de lo que decía en sus proclamas, acerca de la misión pacífica que traía, preconizada por los comisarios franceses.

El gobierno de México no permaneció impasible en presencia de las maquinaciones de Almonte, y quiso aplicarle las leyes vigentes expedidas con anterioridad á la venida de éste; notificó á los aliados, que se proponía aprehenderle y á los

que le acompañaban y someterlos á juicio con arreglo á las leyes, determinación que pareció bien al general Prim y á Sir Charles Wyke; los dos agentes franceses alegaron como principal razón para proteger á Almonte, el que gozaba de la confianza del Emperador. Cuando aquellas órdenes fueron expedidas, Almonte estaba ya en Córdoba, internándose conforme á la simple autorización de Saligny, pues Mr. de La Gravière dijo á Sir Charles Wyke en carta de 29 de Marzo: que la protección de la bandera francesa fué concedida en esa ocasión á los emigrados sin conocimiento de él y á causa de una mala inteligencia, y que no habría vacilado en invitarlos á regresar á Veracruz, si el fusilamiento del general Robles Pezuela no hubiese sido una provocación arrojada por el partido exaltado; que consideraba una injuria gratuita á la lealtad de las armas francesas, el pretexto buscado para ejecutar á uno de los hombres que el vice-almirante calificaba de los más justamente estimados en México y en quien todos veían la esperanza, no del partido reaccionario, sino del moderado; creía, que en vista de ese acontecimiento, sería una insigne debilidad renegar de hombres á quienes se había concedido, aunque no fuera sino por un error, la protección de la bandera francesa y ordenó al comandante de batallón que los condujo á Córdoba, que los conservara bajo su salvaguardia.

El representante de Inglaterra, no sabía cómo explicarse la extraordinaria discrepancia que había entre los comisarios franceses respecto á la manera con que había sido concedida la protección á Almonte, pues uno aseguraba que por orden expresa del Emperador y el otro que por una mala inteligencia; rara conducta que fué aprobada por Napoleón. El general Prim, á la vez, les decía: "el acto de llevar al interior del país á los emigrados políticos, para que organicen en él una conspiración que destruya al gobierno existente y el sistema político actual, mientras avanzáis como amigos y esperáis el día fijado para las conferencias, tal acto no tiene ejemplo, ni puedo comprenderlo." El Sr. Almonte, que acababa de ser ministro de México en París, por el gobierno reaccionario, era considerado como jefe de este partido y estaba sentenciado, habiéndolo excluido de la amnistía dada el 2 de Diciembre de 1861, por haber firmado el tratado con el ministro Mon; en todo el tiempo que estuvo en Veracruz, había recibido la protección de las fuerzas francesas, así como algunos otros de su partido. Cuando el comodoro Dunlop tuvo noticia de lo ocurrido, se quejó con Mr. de Saligny, quien le contestó que el jefe francés obraba en el asunto por órdenes directas del Emperador.

El mismo Prim comunicaba á su gobierno el día 29: "que los jefes franceses, dejando toda reserva, habían desplegado ya su bandera, teniendo bajo su amparo á los emigrados que venían á conspirar contra el gobierno; habían penetrado hasta Córdoba custodiados por fuerzas francesas, los Almontes, Haros y Mirandas, sin que para tan graves y trascendentales disposiciones, se hubiera consultado previamente á los plenipotenciarios de España é Inglaterra, y aun despreciando las opiniones contrarias de éstos, comunicadas á los jefes franceses. Al conferenciar en Orizaba con el general Laurencez, le hablaron del asunto referente á Almonte, el